

dada por un cuerpo de tropas danesas, y el general Blucher dijo al dinamarqués, que si dejaba que los franceses invadieran su frontera, él la invadiría también para refugiarse en Holstein, á lo cual contestó el general dinamarqués, que antes que permitir fuese invadido su territorio, perecería con todo su cuerpo. El general Blucher, se encerró pues en Lubeck, confiado en que si los franceses respetaban la neutralidad de Dinamarca, no le cogerían la vuelta; pero mientras creía disfrutaria alguna seguridad, protegido por lo restos de la fortificación, y desquitándose con la abundancia propia de una gran ciudad comercial, de las privaciones que había sufrido en su penosa retirada, aparecieron los franceses. Como la neutralidad de Lubeck no existía, y tenían derecho para perseguir en ella á los prusianos, así que llegaron, que fué el día 7, atacaron las obras que cubrían las puertas llamadas de Burg-Thor y Mühlen-Thor, tomando una el cuerpo del mariscal Bernadotte, y otra el mariscal Soult. En seguida escalaron bajo el fuego de metralla, y con una audacia nunca vista, obras que, aunque deterioradas, ofrecían obstáculos difíciles de vencer, y se trabó en las calles un combate encarnizado, viendo los desgraciados vecinos de Lubeck, convertida su opulenta ciudad en una carnicería. Destrozados los prusianos ó envueltos, tuvieron que huir, dejando en el sitio mil muertos, unos seis mil prisioneros y toda su artillería. El general Blucher salió de Lubeck, y fué á tomar posición entre el territorio medio inundado de las cercanías de la ciudad, y la frontera dinamarquesa, deteniéndose allí sin víveres ni municiones. Ya no quedaba otro remedio

queréndirse, é imitar el ejemplo del general Mack, á quien tanto habían criticado durante un año, y el del príncipe de Hohenlohe, á quien hacia ocho dias que también censuraban amargamente. El general Blucher capituló, pues, el 7 de noviembre, con todo su cuerpo de ejército, bajo las mismas condiciones que el príncipe de Hohenlohe; pero quiso que se añadiesen algunas palabras á la capitulación, á lo que accedió Murat, teniendo en cuenta su desgracia. En las palabras añadidas se decía que se rendía por falta de municiones, y aquella capitulación proporcionó á los franceses catorce mil prisioneros, que agregados á los ya hechos en Lubeck, formaban un total de veinte mil hombres.

Empezando á contar desde aquel dia, no quedaba ni un cuerpo prusiano desde el Rhin al Oder, pues los setenta mil hombres que habían tratado de llegar á este último rio, fueron dispersados, muertos ó hechos prisioneros. Mientras que esto sucedía en Mecklemburgo, la importante plaza de Custrin, que está situada en las orillas del Oder, se sometía á algunas compañías de infantería mandadas por el general Petit, valiéndonos aquella otra capitulación cuatro mil prisioneros, almacenes de consideración, y la segunda posición fuerte que se encuentra en la parte baja del Oder. Así, pues, ocupaban los franceses sobre aquel rio, las plazas de Stettin y Custrin, habiéndose instalado Laanes en la primera, y Davout en la segunda.

Quedaba sobre el Elba la gran plaza de Magdeburgo, que contenía veinte y dos mil hombres de guarnición, y un vasto material. El mariscal Ney le habia puesto sitio, y habiéndose propor-

cionado algunos morteros, á falta de artillería de plaza, amenazó varias veces á ésta con que la bombardearía, amenaza que se guardó muy bien de cumplir. Dos ó tres bombas, disparadas al aire, intimidaron á la población, que corrió á casa del gobernador, pidiendo á gritos no la espusiera á inútiles destrozos, puesto que la monarquía prusiana no podía ya defenderse; y tal era la desmoralización que se había apoderado de los generales prusianos, que á Kleist le parecieron muy buenas aquellas razones, y al día siguiente de haber capitulado Lubeck, entregó á Magdeburgo con veinte y dos mil prisioneros.

Así, pues, desde que principió la campaña, los prusianos habían hecho cuatro veces, esto es en Erfurt, Prenzlau, Lubeck y Magdeburgo, lo que tanto criticaron en los austriacos, á pesar de que solo lo hicieron estos una vez en Ulm. Esta observación no tiene por objeto ofender su desgracia, bien reparada después, sino probar que un año antes debieron respetar el infortunio ajeno, y no declarar á los austriacos como unos cobardes, por el mezquino cálculo de que los franceses parecieran menos valientes y hábiles.

De los ciento sesenta mil hombres á que ascendía el ejército activo de los prusianos, no quedaba, pues, un resto siquiera; pues, dejando á un lado las exageraciones que se esparcieron por Europa, sorprendida con tales hazañas, quedaron muertos ó heridos cerca de veinte y cinco mil hombres, y prisioneros unos cien mil. De los otros treinta y cinco mil, ni uno logró volver á pasar el Oder, regresando á su patria los sajones, y soltando las armas los prusianos, ó huyendo por los

campos. Podía decirse, sin faltar en lo mas mínimo á la verdad, que no existía el ejército prusiano, y Napoleon era dueño absoluto de la monarquía de Federico el Grande, exceptuando únicamente algunas plazas de Silesia incapaces de hacer resistencia, y la Prusia oriental, protegida por la distancia, y por su inmediatez á Rusia. Napoleon se apoderó de todo el material que había en Prusia, tanto en cañones y fusiles, como en municiones de guerra, y adquirió víveres para sustentar á su ejército durante una campaña, veinte mil caballos para remontar su caballería, y banderas con que llenar los edificios de su capital. Y todo esto se realizó en un mes, pues Napoleon entró en Prusia el día 8 de octubre, y recibió la capitulación de Magdeburgo, que fué la última que se hizo, el 8 de noviembre, consistiendo lo maravilloso de la campaña que acabamos de referir, en esa rapidez con que vino á tierra el poderío prusiano. No es un milagro muy grande ciertamente, que ciento sesenta mil franceses, que habían llegado á ser perfectos militares, gracias á quince años de guerra, venciesen á ciento sesenta mil prusianos, enervados con el largo tiempo que llevaban de paz; pero es una cosa que asombra la marcha oblicua del ejército francés, marcha combinada de tal modo, que anticipándose constantemente al prusiano, durante una retirada de doscientas leguas, desde Hof á Stettin, éste llegó al Oder el mismo día en que ocupamos dicho rio, quedando destruido ó hecho prisionero sin que escapase un hombre, y el rey de una vasta monarquía, el segundo sucesor del gran Federico, se vió en un mes sin tropa y sin estados! Y este suceso es tanto mas sorpren-

dente, cuanto que no se trata aqui de macedonios derrotando á persas tan cobardes como ignorantes, sino de un ejército europeo que derrota á otro ejército europeo tambien, y ambos instruidos y valientes.

Por lo que hace á los prusianos, si se quiere saber en qué consistió aquella derrota nunca vista, despues de la cual se entregaban ejércitos y plazas á una simple intimacion de unos cuantos húsares, ó de algunas compañías de infantería ligera, hay que acudir á la desmoralizacion de que suele ir acompañada una empresa insensata y presuntuosa. Despues de haber negado los prusianos, no las victorias de los franceses, porque no podian negarlas, sino su superioridad militar, se quedaron tan sobrecogidos al primer encuentro que con ellos tuvieron, que creyeron era imposible la resistencia, y se pusieron en fuga tirando las armas. Aterrados ellos, aterraron tambien á la Europa, la cual se estremeció con lo de Jena mucho mas que con lo de Austerlitz, porque despues de lo de Austerlitz, quedaba al menos á los enemigos de Francia la confianza que tenian en el ejército prusiano; pero despues de lo de Jena, el continente era del ejército francés, segun todas las apariencias. Los soldados de Federico el Grande eran el último recurso con que contaba la envidia; pero vencidos estos soldados, solo quedaba á esa misma envidia uno que por desgracia nunca le falta; anunciar que el genio, irresistible de hoy mas, cometeria errores; sostener que no hay cabeza que se mantenga firme con semejantes triunfos. Y lo mas triste es que el genio, despues de exasperar á la envidia con sus triunfos, se encarga de consolarla con sus errores.

LIBRO VEINTE Y SEIS.



Eylau.

Efecto que causan en Europa las victorias conseguidas por Napoleon en su lucha contra Prusia.—A qué se atribuyen las hazañas de los franceses.—Orden del rey Federico Guillermo que tendia á borrar en el ejército prusiano las distinciones hijas del nacimiento.—Napoleon manda levantar el templo de la Magdalena, y que se dé el nombre de Jena al puente formado frente á la escuela militar.—Pensamientos que concibe en Berlin embriagado de gozo con sus triunfos.—La idea de vencer EL MAR POR MEDIO DE LA TIERRA, se convierte para él en sistema, y contesta al bloqueo marítimo con el bloqueo continental.—Decretos de Berlin.—Resolucion de llevar la guerra al Norte, hasta someter todo el continente.—Proyecto de marchar hácia el Vistula, y sublevar la Polonia.—Polacos que acuden á ver á Napoleon.—Sospechas que causa en Viena la idea de reconstituir á Polonia.—Napoleon ofrece á Austria la Silesia en cambio de la Gallizia.—Negativa y odio secreto de la corte de Viena.—Precauciones que toma Napoleon contra aquella corte.—El Oriente mezclado en la reyerta de Occidente.—Turquia y el sultan Selim.—Napoleon envia á Constantinopla al general Sebastiani para inducir á los turcos á que hagan la guerra á los rusos.—Destitucion de los hospodares Ipsilanti y Maruzzi.—Michelson, general ruso, marcha hácia la provincia del Danubio.—Napoleon proporciona medios adecuados á la magnitud de sus proyectos.—Llamamiento á las armas en 1805 de la conscripcion de 1807.—Destino que da á los recién llamados.—Organizacion en regimientos de marcha de los refuerzos destinados al ejército grande.—Nuevos cuerpos sacados de Francia á Italia.—El ejército de Italia es puesto en pie de guerra.—Desarrollo dado á la caballería.—Medios rentísticos creados con los recursos de Prusia.—No pudiendo avenirse Napoleon y Federico Guillermo acerca de las condiciones de una tregua, dirige aquel su ejército hácia Polonia.—Murat, Davout, Augereau y Lannes, mar-